

Norte y sur en Córdoba: el contramito, por Juana Castro

(Córdoba, 2 de septiembre de 1992)

HABÍA estrenado mi mayoría de edad. Veintidós años entonces, cuando llegué a La Rambla con mi primera propiedad definitiva. La Campiña había sido, en mi niñez, otro país, desconocida frontera en la que los pueblos eran casi leyenda, presencia solamente real en boca del origen de otras niñas.

¡Qué lejos entonces, Dios mío, los pueblos de la Sierra y Los Pedroches! A aquellas niñas sabias, audaces y despiertas, el nombre de mi pueblo y el de otros les sonaban a chino. Su mundo era otro mundo. Más fácil, más moderno, familiar y cercano. Sabían, entre ellas, que Fernán Núñez estaba cerca de Aguilar, tenían amigas en Monturque y Santaella. Formaban una especial aristocracia paralela a la de Córdoba, un paraíso del que nosotras, las tímidas muchachas del norte, nos sentíamos excluidas e ignoradas. Cuando, con dieciocho años elegimos nuestro primer destino, lo hicimos, naturalmente, entre los de nuestro entorno.

La Rambla, pues, era el extranjero, como ir ahora a Alemania o a Bélgica. Llegar a Córdoba ya constituía una aventura; después había que, hacer escala y proseguir, para lo cual existían distintos medios. Aquel curso, el mundo se hizo de pronto más abarcable, más pequeño y cercano, a la vez que más ancho y más grande: había descubierto la campiña de Córdoba. Porque para descubrir se debe convivir, y yo, gracias a la lejanía de entonces, iba a visitar a mi familia sólo una o dos veces al mes.

La gente era amable, cariñosa y abierta; el pueblo emprendedor, elegante, inquieto. La otra cara de la moneda, exactamente el envés de lo mío conocido, quizá también el reverso de mí misma.

No fue sólo La Rambla. Fue también el encuentro con personas excepcionales, de esas que llevan el optimismo por bandera y que han hecho religión de la actividad y el trabajo. El conocimiento, por excursiones y visitas, de Monturque, Montalbán, Montemayor, Aguilar, San Sebastián de los Ballesteros, Montilla... Encuentro apasionante y apasionado, en un solo curso que se volvió infinito, y que aún permanece, porque entonces y allí comencé a ser yo misma, descubriendo los contornos, hasta entonces velados, de la vida. Supe que el lugar de nacimiento es un dato, que los primeros años de la

infancia marcan, pero que no se debe permanecer anclada, que el mundo es demasiado ancho como para encerrarse, y que en cada parte hay un trozo de verdad, que nada es absoluto, que se es de donde el corazón arrastra.

Aún hoy, habiéndose acortado las distancias, la campiña y la sierra siguen siendo, más que dos comarcas de una misma provincia, dos mundos distantes y enfrentados. En Córdoba, el mito del Norte y del Sur es pura calumnia. Porque si en cualquier parte del mundo el Norte posee la industria, la mecanización, el interés y la cultura frente a la desidia, el infradesarrollo y el anclaje del Sur, Córdoba es el contramito. Aquí el dinamismo está en el Sur. Los pueblos de la campiña han progresado y, más aún, tienen en sus venas la suficiente valentía o coraje como para reaccionar ante dificultades o situaciones negativas. La Sierra y Los Pedroches, en su conjunto, dan cada vez más la impresión de pueblos abandonados a su suerte, sin arrestos para protestar, para invertir, para imaginar ni crear riqueza ni cultura. Son pueblos dormidos. A la espera de una salvación exterior o política que nunca llegará. Ya sé las excepciones, pero hoy hablamos generalizando, y esa es la impresión de mi generalidad.

Aún hoy no se sabe cuál es el origen, la causa de esa enfermedad devastadora y enervante. En Los Pedroches, dentro de diez años, no quedarán más que ancianos y algunos niños cuyos padres vivirán del subsidio. Antes se llenaban de visitantes en la feria, ya ni siquiera eso. ¿Quién tiene la culpa? ¿Sus gentes, que no apuestan un duro al desarrollo, que no crean empresas y se aferran al terruño, a la pira de cerdos o de vacas, mientras dejan pasar, indiferentes, el tiempo por el mundo? ¿O son sus condiciones, su clima, esos pueblos lejanos con sus carreteras tercermundistas por las que da vergüenza -además de saltos y mareos- transitar? ¿De qué sirve que se quieran ahora descubrir y potenciar las excelencias ecológicas y turísticas de la zona norte, cuando las escasas carreteras son caminos de la peor especie, estrechas, llenas de socavones, curvas en las que encontrarse con un camión produce escalofríos? A Fuenteovejuna, con su teatro y sus cursos Fons-Mellaria, no hay quien le quite su bien merecida aureola de pésimo camino en el que los coches, más que circular, trotan.

¿Qué fue primero, las carreteras -y las no carreteras- o la gente? ¿El río, su proximidad o lejanía imprime carácter?

Dos mundos, el norte y el sur, no sólo distintos, sino ignorados, porque la campiña no siente los avatares ni los problemas de la sierra, atenta más a la ciudad de Córdoba, y la sierra, lejanísima y sola, no se siente hermanada con la campiña, ni mucho menos puede

aprender de ella, puesto que no la mira. El río y el sueño
las separa. Qué extraño el sueño en las tierras del frío.

Córdoba, lejana y sola, es más sola y lejana por el
Norte. Dormida. El mito del Sur no funciona por Córdoba.
Qué extraño el sueño por las tierras del frío.